

Señoras y señores,

Excelentísimo presidente Patrici Tixis,

Excelentísimo codirector Sergio Vila-Sanjuán,

Excelentísimo concejal Xavier Marcé,

Excelentísima Rectora Laia de Nadal Clanchet,

Excelentísimos invitados,

En primer lugar, aplaudo esta iniciativa y debo decirles que es para mí un gran honor haber sido invitado a pronunciar esta charla inaugural: «Educació i lectura», en este lugar histórico y en este importante evento.

Muchas gracias a los organizadores y promotores.

La semana pasada estuviera dando una conferencia en el congreso de editores y librerías de Portugal, Book 2.0. También un privilegio.

Pero veo estos eventos como una señal de la preocupación por el abandono de la lectura por parte de muchos. En Portugal, hay un renacimiento del interés por la lectura entre los adultos jóvenes, pero ese interés no se extiende a otros grupos de edad. Es una preocupación para los creadores, editores y librerías. Pero, sobre todo, es una preocupación por el futuro del país.

Un país donde no se lee es un país menos culto, menos preparado, menos conocedor, menos creativo, con un lenguaje más pobre y menos capacidad de diálogo. La lectura, la buena lectura, enriquece el lenguaje y proporciona un

vocabulario más rico y una estructura gramatical más culta, más precisa y más diversificada. Es decir, quien lee más puede pensar mejor.

Pero hay más: quien lee más tiene más respeto por los demás. Viaja en su lectura por otros países, por otras costumbres, por otras sociedades, por otras ideas. Se vuelve, potencialmente, más dialogante y más democrático.

Y ser democrático no significa idolatrar al extraño, promover la barbarie y venerar el error ajeno. Tampoco significa repudiar nuestra cultura. Significa conocer, respetar, no callar y aprender a distinguir.

Todo esto lo sabemos bien. Por eso estamos aquí.

¿Qué puedo aportar yo, que solo soy un matemático aplicado, aficionado a la lectura y la escritura, con un inmenso respeto por la literatura y las lenguas ibéricas, y con un gran interés por el desarrollo de los jóvenes, su lectura y su cultura?

Lo poco que puedo decir, lo diré en mi deficiente castellano —les aseguro que mi catalán es aún peor... inconmensurablemente peor...

Permítanme comenzar con algunos datos estadísticos, datos que son malas noticias.

En nuestra península, el porcentaje de alumnos de 15 años que no alcanza el nivel mínimo de rendimiento en lectura es, según la última encuesta PISA, de 2022, de alrededor del 24 %, un punto menos en Portugal. Este porcentaje se ha agravado en la última década: 6 puntos porcentuales en España y 4 puntos en Portugal.

¿Qué significa esto? Simplemente significa que, en nuestras escuelas, alrededor de una cuarta parte de los jóvenes de 15 años tienen dificultades extremas para leer, hasta el punto de que no pueden entender mensajes de textos sencillos. Pueden leer los avisos de una estación de tren, pero tendrán dificultades para comprender las instrucciones de funcionamiento de una máquina.

Haciendo un paralelismo con la literatura, no estamos hablando de la dificultad de leer un poema de Lope de Vega ni siquiera los primeros párrafos de Don Quijote. Estamos hablando de la dificultad de leer algunos párrafos de El Camino, de Delibes, o del Cuaderno Gris, de Pla.

Si nos fijamos en el informe PIRLS, otra encuesta internacional centrada en la lectura de los jóvenes de 4.º curso, vemos que el porcentaje de alumnos que no alcanza los niveles mínimos era, según los últimos datos, del 24 %. Portugal obtuvo un resultado similar, después de haber sido mucho mejor en 2011.

Sin embargo, curiosamente, este problema no aparece en las portadas de los periódicos ni en los titulares de los telediarios. Se pasa por alto, como si fuera el resultado inevitable de los tiempos modernos, de los teléfonos móviles y de las pantallas. Se pasa por alto como si el problema estuviera en otra parte, no en nosotros.

Y se piensa: tenemos que desarrollar programas de lectura, horas de lectura en las librerías; tenemos que despertar el gusto por la lectura, tenemos que ofrecer libros a los jóvenes, tenemos que llevar a los autores a los lugares donde los jóvenes pasan su tiempo libre...

Todo esto es importante. Todo esto es loable.

Pero no ha sido suficiente.

Entonces... se piensa en soluciones aparentemente eficaces, pero en realidad equivocadas. Se piensa que, para los más jóvenes, el problema está en motivarlos con ilustraciones y palabras sencillas. Bueno... esto puede ser útil en cierta fase, pero hay que pasar a palabras más complejas y abandonar lo que los psicólogos educativos clasifican como «detalles distractivos»: los libros con muchas ilustraciones se convierten, a partir de cierto punto, en obstáculos para el aprendizaje de la lectura. Los jóvenes deben concentrarse en las palabras, en la fluidez de la descodificación y en el significado.

A veces también se piensa que la solución está en proporcionar a los jóvenes textos aplicados, textos de la vida real, ya que eso les entusiasmaría, al ver la relación con su vida o la utilidad práctica de lo que leen.

En Portugal, una asociación de educadores recomendó que los jóvenes leyeran en clase recetas médicas y reglamentos de concursos televisivos. Decían que así los jóvenes se entusiasmarían, ya que se trataría de la realidad y no de ficción. ¡Imagínate!

Para que los jóvenes se entusiasmen con la lectura, es necesario que lean bien, sin esfuerzo y con fluidez, que comprendan lo que leen y que tengan ganas de comprender más. Como decía Josep Pla en su obra *El infinitamente pequeño*: «Solo cuando se sabe algo se siente la necesidad de saber más. Cuando no se sabe nada, la curiosidad desaparece».

Por lo tanto, debemos enseñar a los jóvenes a leer, y a leer bien. Para que sepan y tengan curiosidad por saber más.

Si estamos fallando, tal vez necesitemos ofrecer más libros a los jóvenes, tal vez necesitemos tener más sesiones de lectura en las librerías...

O bien... ¿y si lográramos atraerlos y mantenerlos en sesiones de lectura durante unas decenas de horas, mejor aún, ¡unos cientos de horas! ¿Y qué tal mil horas?

Es una ironía, por supuesto, pero es una retórica destinada a destacar un hecho importante. Hay un lugar donde nuestros jóvenes pasan no diez, ni cien, ni mil horas. Ese lugar es la escuela. En nuestras sociedades, con la escolaridad obligatoria existente, cada uno de nuestros jóvenes, a lo largo de los años, pasa más de diez mil horas en la escuela, desde que ingresa en ella hasta que cumple con todas las condiciones escolares legales. ¡Diez mil!

¡Diez mil horas y estamos fallando! ¿Es esto admisible?

Mi conclusión es clara: debemos centrarnos en la escuela y exigir que forme bien a nuestros jóvenes, que les enseñe a leer con fluidez y que les entrene para leer con comprensión y espíritu crítico. Diez mil horas deberían ser suficientes. Pero estamos fallando.

Sí, no exagero. Cuando casi una cuarta parte de nuestros jóvenes en cuarto curso, como revela el estudio internacional PIRLS, lee con dificultad, con tanta dificultad que no puede comprender textos elementales, cuando un porcentaje similar de nuestros jóvenes, al llegar a los 15 años, sigue teniendo dificultades para leer, entonces la escuela está fallando. Y no debería fallar.

¿Qué podemos hacer? Como ciudadanos, podemos exigir que la escuela cumpla con su función. Que el plan de estudios no se degrade, que se sigan métodos de enseñanza explícitos y rigurosos, basados en la mejor evidencia científica, que se exija a los jóvenes estudio y trabajo. Que se conozcan los

resultados de los alumnos, que exista una evaluación fiable y frecuente, publicada.

La culpa no es de los profesores. Sobre todo, no es de los profesores. Es de las políticas educativas que sustituyen la enseñanza y la exigencia por la facilidad y la diversión.

La escuela no es un parque de atracciones, como denuncia el filósofo Gregório Luri. La escuela no puede ser un parque de atracciones. Hay que librar una batalla social en favor de la escuela. Que otras actividades, como la promoción de la cultura o la lectura —¡todas ellas loables! —, no nos hagan olvidar en absoluto esa batalla social por la escuela.

Es una lucha de todos.

Estamos entre editores y libreros. ¿Qué pueden hacer los editores y los libreros? Yo diría que pueden hacer mucho, incluso luchando contra corrientes adversas. Y hay un ámbito en el que el trabajo puede ser aún más importante de lo que muchos sospechamos. Me refiero, obviamente, a los libros de texto.

Como creo que saben, hace poco escribí una Apología del Libro de Texto que el profesor Francisco López Rupérez y Ediciones NARCEA, las señoras Ana de Miguel y Monica Gonzalez Navarro, tuvieron la amabilidad de acoger y editar. Pasemos, pues, a los libros escolares. Y debemos hacerlo, porque no solo son importantes, sino que, en las últimas décadas, han surgido movimientos de rechazo hacia este instrumento.

Un buen libro de texto es una pieza esencial del sistema educativo. Idealmente, debe ser un traductor del currículo, una guía para los profesores y un instrumento de trabajo para los alumnos. Debe proporcionar una referencia para

toda la evaluación, tanto para los exámenes y pruebas, como para la evaluación realizada por los profesores en las clases.

En su trayectoria escolar, es imprescindible que el estudiante se acostumbre a consultar los libros didácticos. Forma parte de su preparación aprender a leerlos y utilizarlos para aclarar dudas y buscar nuevos desarrollos. Se puede argumentar, como defiende el estudioso inglés William Marsden, que los libros de texto «deben considerarse una introducción al mundo de la lectura inteligente».

Leer un libro de texto implica detenerse, pensar, volver atrás, revisar lo que se ha leído y verificar lo que se ha entendido. Es mucho más que una lectura superficial, aunque una lectura superficial, por el simple placer de conocer el desenlace de una historia, tenga sus grandes méritos. Leer un libro de texto es un ejercicio, y un ejercicio intenso para nuestra mente.

Esto es cierto en todas las áreas, tanto en ciencias como en humanidades.

En ciencias, el estudiante de matemáticas, biología, economía u otras áreas técnicas sale de la escuela semianalfabeto si pasa todos sus estudios sin haber leído nunca un libro de referencia. No habrá adquirido la experiencia de leer de forma autónoma un texto largo y complejo, que es una destreza que solo se adquiere con la práctica. Leer no es tan fácil como escuchar o ver. Pero es más productivo aprender leyendo que aprender escuchando sin leer después.

Esos estudiantes salen semianalfabetos también porque nunca han pasado por la experiencia de buscar un resultado, de seguir por sí mismos un argumento en diálogo con el libro, de buscar referencias y aclaraciones, de aclarar el significado de las anotaciones, de buscar referencias complementarias. Por

extraño que parezca, hay alumnos que no saben utilizar los índices remisivos ni buscar una referencia bibliográfica. A veces, no saben distinguir la referencia de un libro de la de un artículo de una revista científica.

En el aprendizaje de las ciencias, evitar el estudio sistemático que proporciona un libro de texto conduce a la memorización dispersa de hechos, definiciones, categorías y procedimientos, sin comprender la lógica de los conceptos, teorías e interpretaciones científicas. Es decir, la falta de buenos libros de texto puede ser un factor importante en el desánimo y el aburrimiento de los estudiantes.

En literatura, esta práctica es igualmente grave.

El alumno que no

lee y trata de memorizar el resumen de un libro acaba desperdiciando una oportunidad de entrar en contacto con la verdadera literatura. Los libritos, folletos de apoyo y referencias en Internet pueden ser útiles para identificar y comprender las ideas de una novela o un poema, para situar la obra en su época e identificar sus referencias. Pero no sustituyen la lectura de la obra. Leer estos instrumentos auxiliares e intentar memorizarlos es tedioso y representa una oportunidad perdida.

Los resúmenes son resúmenes. Un buen libro de texto tiene características que lo convierten en algo más que una lista de conocimientos. Es lo más autosuficiente posible: contiene las definiciones esenciales y las referencias que permiten profundizar en los temas están presentes en la bibliografía. Los créditos están debidamente atribuidos. La secuencia de los temas es clara y la numeración y otras referencias están bien establecidas.

Además, suele haber un buen índice remisivo, que permite buscar rápidamente los temas esenciales. Y hay buenas preguntas o buenos ejercicios, que permiten verificar la asimilación de la materia, practicarla y profundizar en ella. Por último, existe una revisión cuidadosa, ya que el libro es examinado por varias personas, pasa por miles de lectores y sufre modificaciones a lo largo de sucesivas ediciones. Estos son los buenos libros de texto.

Todo esto puede parecer obvio, pero vivimos momentos en los que es importante repetir lo obvio, ya que incluso lo obvio está en entredicho. No son solo las prácticas descuidadas las que conducen al menosprecio de los libros, sino también las teorías pedagógicas que repudian la enseñanza organizada y, por lo tanto, repudian los libros de texto.

El problema tiene raíces antiguas. Si miramos el fondo, encontramos visiones educativas arraigadas en las ideas de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) y, ahora, de inspiración postmoderna.

Son visiones que menosprecian los libros de texto, acusándolos de inducir un conocimiento estructurado, generalizado y uniforme.

Este rechazo del libro de texto es el repudio de la educación científica, clásica y erudita, y deriva de un programa ideológico radical que, al favorecer la educación centrada en el alumno, contradice la educación organizada en asignaturas y, por tanto, los libros de texto basados en asignaturas.

Hay escuelas de formación de profesores en las que se dice que solo los malos profesores recurren a los libros de texto. Se ha creado un ambiente general que desprecia los libros como conocimiento formateado, y los profesores que los utilizan son vistos como perezosos, incapaces o poco creativos.

Las desventajas son obvias: los profesores pierden el tiempo preparando fotocopias y otros documentos dispersos que no pasan por ningún filtro y que no apoyan el aprendizaje estructurado tanto como sería posible. Los profesores menos experimentados sufren más y sus alumnos aún más.

La delegación de la definición del plan de estudios en el profesor es habitual en la enseñanza universitaria, pero esta enseñanza es naturalmente más avanzada y evoluciona más rápidamente, por lo que necesita mayor flexibilidad y variabilidad. La enseñanza universitaria no es lo mismo que la enseñanza nacional obligatoria, cuya función es proporcionar a los jóvenes conocimientos generales y fundamentos de formación esencialmente comunes.

Pero también hay mucho que decir al respecto, y parte de la enseñanza universitaria retrocedió mucho en las últimas décadas del siglo XX, para luego volver a evolucionar. A mediados del siglo XX, existía en las universidades la preocupación por producir o utilizar libros de texto de calidad, sobre todo en las disciplinas fundamentales. A finales de siglo, se retrocedió a las fotocopias dispersas. Hoy en día, al menos en mi país, la enseñanza universitaria está, afortunadamente, reintroduciendo los libros de texto. Y deben introducirse de forma sistemática y enérgica, ya que muchos alumnos prefieren las vías fáciles.

A menudo, los elementos de estudio preferidos por los alumnos son los apuntes de clase. Esto ocurre en la enseñanza superior, donde los estudiantes utilizan notas o diapositivas de PowerPoint proporcionadas por los profesores. Son pésimas fuentes de estudio, ya que contienen imprecisiones incontrolables.

Son el resultado de un proceso sujeto a mucho ruido, en el que todos los participantes se equivocan. Con más frecuencia de la que me gustaría, el

profesor anuncia x y escribe y cuando estaba pensando en z. El alumno escribe w cuando ha oído x. Más tarde, cuando va a leer sus apresurados apuntes, lee v donde había intentado escribir w.

Con las fotocopias de libros, apuntes y artículos no ocurre exactamente lo mismo. Pero sigue existiendo graves deficiencias. Sigue habiendo muchas omisiones. Y lo que es aún más grave, la sabiduría que contienen viene del cielo: es así porque es así. No hay argumentos. Quien quiera explorar mejor algún tema o confirmar alguna afirmación rara vez tiene alguna indicación a la que recurrir. No suele haber referencias. No hay bibliografía.

Incluso cuando las hojas reúnen fotocopias de buenos libros, no hay índices correctamente organizados, ni referencias bibliográficas, ni una cadena global de ideas.

Con estos materiales, el alumno se acostumbra a estudiar temas dispersos y a memorizar técnicas sin comprender su unidad.

Recuerdo la extraordinaria frase de Marsden: los libros de texto constituyen una iniciación al mundo de la lectura inteligente.

Hay que decirlo: el libro de texto es una pieza esencial de la escuela, que sirve a profesores, alumnos y familiares. También sirve como referencia futura. Está o debería estar presente a lo largo de toda la escolaridad. E incluso después. Si los libros de texto no están bien hechos y no se utilizan bien, estamos perdiendo un instrumento fundamental para promover la lectura, el esfuerzo por convertir a todos en buenos lectores.

Hagámonos a nosotros mismos algunas preguntas sencillas.

Empecemos por nosotros, autores y editores:

- ¿Ponemos todo nuestro cuidado en los libros que escribimos y publicamos?
- En estas obras, ¿ponemos en primer lugar el objetivo de ayudar a los alumnos a aprender los temas centrales del plan de estudios, o pensamos simplemente en despertar su interés por hechos curiosos?
- ¿Nos preocupamos por presentar nuevos datos y construir interpretaciones y teorías en una progresión lógica de conocimientos, o nos preocupa más incluir imágenes atractivas y pequeñas historias intrigantes?
- ¿Introducimos momentos frecuentes de verificación para los alumnos?
¿Preguntas, ejercicios, sugerencias de actividades?

Y nosotros, los profesores:

- ¿Elegimos cuidadosamente los libros de texto que recomendamos?
- ¿Seguimos de forma coherente la secuencia de materias, la notación y las referencias del libro adoptado?
- ¿Indicamos a los alumnos lecturas y ejercicios del libro de texto o utilizamos otros?
- ¿Indicamos actividades del libro y pedimos a los alumnos que lo abran y se refieran a él?
- ¿Abrimos y hacemos abrir con frecuencia el libro de texto en nuestras clases?

Por último, nosotros, los padres:

- ¿Animamos a los jóvenes a abrir sus libros y comprobamos hasta dónde han llegado?

- ¿Hacemos comentarios y preguntas basados en los libros de texto o lo hacemos con el apoyo de otros materiales?

- Cuando los jóvenes nos piden ayuda, ¿utilizamos solo nuestra cabeza, los métodos que hemos aprendido, las lecturas que nos gustan, o abrimos los libros de texto que ellos utilizan y tratamos de respetarlos?

Pensemos...

Para terminar, señoras y señores, vuelvo a agradecerles su amable invitación y el honor que me han concedido. Sin duda, no he profundizado en el tema tanto como les hubiera gustado, pero creo que, al menos, he aportado algunas sugerencias prácticas y útiles para la educación y la lectura de nuestros jóvenes.

El debate que sigue a continuación será sin duda enriquecedor.

¡Muchas gracias!